

Un modelo llamado capitalista y a la vez anticapitalista

La grandes ciudades de nor y sud América, Asia y Australia están a punto de quedarse sin agua debido a las grandes sequias y al derretimiento de los glaciares. Millones de seres han sido desplazados por grandes inundaciones en sud Asia, México y 18 países en África. Estas son algunas de las barbaridades anunciadas por Al Gore en su discurso de aceptación del premio Nobel, el 2007.

Hablando siempre de “nosotros” Al Gore dijo: hoy día, nosotros echaremos al medio ambiente otros 70 millones de toneladas de contaminantes de efecto invernadero y mañana echaremos una cantidad mayor. También dijo: “Nosotros” debemos entender la conexión entre la crisis climática y una serie de desgracias de la humanidad que mencionó, entre ellas, el SIDA. O sea que para Al Gore el SIDA es una especie de resfrío o acaloramiento y nuestros peores tormentos son cuestión del clima.

Esta es la verdad de Al Gore, un medioambientalista que apoya la producción de agrocombustibles y que falsificó la dramática escena del oso polar en su documental “Una verdad incómoda” con una computadora. Su verdad, como él dijo “tiene el poder de unirnos y crear un Puente entre el “yo” y ‘nosotros’“, para llevarnos a “la responsabilidad compartida.”

Esta responsabilidad compartida tiene el objetivo de esconder la culpa de los países ricos y sus transnacionales en la depredación del medio ambiente y de los pueblos del mundo pobre, y de profundizar el liderazgo moral del mundo rico sobre el medioambientalismo y el desarrollo, logrado por medio de instrumentos tales como las sacrosantas conferencias de carácter mundial sobre medioambiente, agua, alimentación, etc ... y los premios nobel.

Ahora, esta farsa que adquirió una gran fuerza con la campaña iniciada por Al Gore terminó con el escándalo de Copenhague. Fue un escándalo porque quedó al descubierto la hipocresía de los líderes de los países desarrollados y de la política medioambiental que patrocinaron en todo el mundo.

Para hacer caer el velo del mundo rico, fue central la oposición de los países pobres. No obstante, en estos países, grandilocuentes discursos medioambientalistas, antineoliberalistas, anticapitalistas, antiimperialistas, van lado a lado de gigantescos proyectos de explotación de recursos naturales, de energía e infraestructura, en sociedad justamente, con aquellos a quienes los discursos señalan como enemigos.

La auditoria de la deuda externa en Ecuador, muestra que el neoliberalismo, específicamente, que el Banco Mundial y sus socios, ejecutaron dos políticas, una de tipo económico y otra medioambiental. Si vemos el estado del medio ambiente y los impactos para los pueblos y los países, queda claro qué utilidad tuvo cada una; el neoliberalismo se impuso, pero la legislación medioambiental no frenó la depredación de la naturaleza. Como sabemos, esto no ocurrió solo en Ecuador.

La legislación medioambiental y social implementada durante el neoliberalismo sirvió más para crear en la gente la ilusión de que las leyes por si solas cambiarían algo. Esto no ha terminado con los gobiernos antineoliberalistas y anticapitalistas de hoy. La constitución del Ecuador reconoció derechos a la Pachamama pero muy pronto la nueva ley minera reconoció a las empresas mineras el derecho de utilizar gratis los recursos naturales que requiriesen para continuar con sus actividades.

En Bolivia, el proyecto de ley de hidrocarburos nos da una muestra elocuente de que el medioambiente y los indígenas son de menor importancia que el fortalecimiento del modelo exportador primario donde las transnacionales petroleras son la ley real.

La depredación medioambiental en el mundo está parada sobre dos pies, uno es el consumo desquiciado de los países ricos y el otro es la producción de materias primas en los países pobres. Lo paradójico es que el mantenimiento de este modelo nos lo venden, unos, como neoliberalismo y otros, como anti-neoliberalismo.

La realidad es que la columna vertebral del neoliberalismo en Sudamérica, la IIRSA, avanza cada vez con más fuerza; y así también la minería a cielo abierto, más dañina que la tradicional; y lo mismo, los agrocombustibles, las megarepresas, las pasteras, etc.... El común denominador de todo esto no son más de 10 empresas que controlan la industria hidrocarburífera, y un número similar que determina la industria de automóviles y maquinaria pesada; cerca de 15 que actúan en minería, no más de seis empresas forestales que controlan el mercado mundial en este rubro y no más de cinco que controlan la industria agrícola y agropecuaria mundial.

La depredación medioambiental en el mundo está parada sobre dos pies, uno es el consumo desquiciado de los países ricos y el otro es la producción de materias primas en los países pobres. Lo paradójico es que el mantenimiento de este modelo nos lo venden, unos, como neoliberalismo y otros, como anti-neoliberalismo.